



El programa los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

SUBIR.

Este es, lector amigo, el verbo del siglo XIX. Todo sube, los hombres y las casas, las pretensiones de los mortales, y los artículos de primera necesidad, sin los cuales los mortales son muertos. Mi criada sube todos los días la escalera de mi casa, cuando vuelve de la compra, con la noticia de una subida.

— Señorito, los garbanzos se han subido.

— ¡Hola! ¿Adónde?...

— A veinte cuartos.

— Señorito, la verdura ha subido.

— ¡Yá! para estar á la altura de los garbanzos.

— Señorito, el aguador no sube el agua, si no le sube V. dos reales mas al mes.

— Señorito, desde mañana se sube el tocino.

— Estas subidas merecen llamar la atención de los que tienen casa.

— Dentro de poco, vamos á tener que vivir todos en los sofabancos para alcanzar las cosas que suben.

— El porvenir está en las alturas.

— Por eso queremos subir todos, por eso nos encaramamos los unos sobre los otros, y estamos constantemente tirando piedras al tejado del vecino, á ver si el vecino no sube al tejado.

— Los propietarios, por su parte, suben las casas, las suben hasta una altura prodigiosa, y el mejor día las van á colgar del firmamento.

— Y para que la gente no se pueda mover, para que la gente suba y suba y suba, ó se arrastre por el suelo, las empresas de los ferro-carriles suben el precio de los asientos, para satisfacer al gobierno la miseria de un 40 por 100 que pide para cubrir, ó mejor dicho, para descubrir sus necesidades.

— El algodón sube, porque hay guerra en una parte, la seda sube, porque hay paz en otra, el hilo sube, para que por él no se pueda sacar el ovillo, la lana sube, porque no queremos dejarnos trasquilar, y para vivir en el mundo se necesita tener unos brazos largos, largos, que á todas partes lleguen, y unos dedos finos, flexibles, interminables, hechos á manera de ganchos, que á todo se agarren y todo lo agarren.

— El que anda á pié quiere subir al coche, y no al pescante ó á la trasera, que son los sitios que en el coche debieran ocupar algunos que por ahí andan

en coche, el auxiliar quiere subir á oficial, el oficial á director, el director á ministro y el ministro á Júpiter Capitolino.

— Para subir se usaba en lo antiguo una escalera; hoy se usan la desvergüenza, el descaro, la amenaza, la adulación, la lisonja; estas son otras tantas escaleras, que conducen á la holgura y á la abundancia.

— El gas ha dejado abajo á los que antes subían honradamente todos los días, á los serenos.

— Desde abajo se dá luz ahora á los faroles, como desde el cielo de sus vicios y de su desfachatez y de su descaro se dá luz hoy á muchísimos hombres, que cuando están solos con su pequeñez, deben asombrarse de lo que suben.

— ¡Y vean VV. una de tantas contradicciones modernas; el bajo es hoy el que llega más alto.

— ¡Y nos extrañamos de que suba el aceite?... El aceite por lo menos, siempre, en todo tiempo ha quedado encima.

— Lo extraño es que suba el carbon, condenado á estar siempre debajo, en la carbonera, ó cuando mas, en el fogón debajo de los pucheros.

— ¡Que suben las casas!... ¡Pues no han de subir!... como que si no subieran, se quedarían debajo de los vecinos, que todos, excepto los que ni suben ni bajan,—que son las víctimas de los que suben,—están deseando subir, y subir, aunque caigan luego un batacazo.

— ¡Cómo ha subido Fulano!—Esto se oye hoy todos los días, porque en efecto, hay muchos Fulanos, que los hemos conocidos ciruelos, y los vemos en candelero, sin saber cómo ni cuándo, sin que se les conozcan méritos, ni talentos, ni servicios.

— Pues si así suben los que nada valen, los que ninguna utilidad dan al país, que para nada los necesita, ¿cómo extrañamos que suban los garbanzos, las verduras, el aceite y otros mil artículos de consumo, que son de notoria utilidad?...

— El que se queda debajo es el que sufre las consecuencias de todas estas subidas, y el que se queda debajo es el pobre, el trabajador, el menestral, que quiere tomar un cuartito pequeñito, con una pieza que sirva de sala, alcoba y comedor y cocina, y cuando lo vá á tomar, se lo suben, ó se lo suben despues que lo ha tomado, para que le sea mas difícil bajar, y cuando su mujer vá á comprar garbanzos, se los suben tambien y no los puede alcanzar, y dentro de poco estará constantemente mirando al cielo para

costrar esperanzas; y para tener siquiera el consuelo de ver los cuartos, los garbanzos, el aceite, la ropa, todo lo que necesita, subiendo, subiendo y sosteniéndose luego en el aire.

— Y mi criada me dá ahora mismo la noticia de que los garbanzos van á subir á tres reales, y ¿saben VV. por qué?... porque la piedra los ha destruido este año...

— No sin razon ha enviado la Providencia piedra sobre los garbanzos... Por nuestros desaciertos, por nuestros vicios, la Providencia ha querido castigarnos, y nos ha herido en lo que mas queremos los españoles, en los garbanzos. Tambien hay entre nosotros quienes los desprecian, quienes hacen necio alarde de no comer los garbanzos, de no poder resistirlos, de preferir la cocina francesa con sus solferinos, y sus magentas, y sus mejicones, y su infinidad de guisotes raros y extravagantes, á la cocina grave, formal y sana española.

— Por supuesto, que para el que sube todos tenemos lisonjas, y plácemes, y música celestial, así como para el que baja no tenemos ni siquiera una palabra de consuelo.

— Cuando sube un ministerio, ¡qué de esperanzas! ¡qué de felicitaciones! ¡qué de adulaciones! ¡qué pedir! ¡qué oler! ¡qué rastrear!...

— Y cuando baja, ¡qué groseros insultos! ¡qué injuriosos epítetos! ¡qué abandono tan completo! ¡qué soledad tan triste!...

— ¡Subamos, pues!... si los garbanzos suben á veinte cuartos, y á tres reales, subamos nosotros á cien mil pies sobre el nivel de los hombres vulgares, de los hombres que viven de su trabajo, y no de la intriga, ni del escándalo, ni del vicio, ni de la humillación.

— ¡Arriba, señores!... ¡A subir tocán!... Mme. Poitevin subirá un día de estos desde los Campos Eliseos, con un globo, y montada en un asno vivo,—que así lo ha anunciado el cartel.

— La gente abrirá de puro asombro la boca, viendo la ascension del asno vivo, y es que la gente de Madrid se pasa de puro bonachona, y toma como espectáculo nuevo y sorprendente lo que está viendo todos los días; la subida del asno, sin globo y sin paracaídas,—lo que es mucho mas pasmoso,—se repite en cada lunes y cada martes.

— ¡Arriba!... Todo el mundo sube, cada quisque tiene un globo, que en lugar de llenarlo con humo de paja, lo llena con los humos de la desvergüenza.

za, de la ambicion, de la envidia y de la osadia.... Como el mundo es otro globo, y está lleno de todos estos humos, y de muchísimos humores, el mejor dia volará el mundo entero.... Lástima es que no quedará sitio desde donde pueda verse esta ascension.

Y el señor Dombon y otros varios se han propuesto dar direccion á los globos, cuando este problema está resuelto tiempo hace!

Cada hombre tiene una cabeza,—y este es un globo, lleno de humos,—y sabe dónde y á qué va.—Algunas veces, si la cabeza está demasiado hueca, si le falta alguno de los humos necesarios, el hombre tiene poca resolucion, dá el hombre precisamente en el lugar que no le conviene, ó se estrella; pero el que sabe manejarse bien, el que tiene tino para soltar los humos ó para tomar mas, el que se lanza sin miedo, llega y se sostiene, y se agarra, y se pega, y nadie lo apea de los cuernos de la luna.... y por mas que suban las casas, y los garbanzos, y todo lo que se paga en este mundo, él sube mas que todo, y todo lo alcanza por consiguiente.

Los que están preocupados con su trabajo, con su familia, con su conciencia y con otras virtudes que estorban á los hombres-globos—ó globulos,—esos no suben, esos no pueden llenarse de humos la cabeza, esos se quedan en tierra, y para esos es para los que suben las casas, y los garbanzos, y el jabon, y el algodón, y todo.... esos son los que con la boca abierta verán subir el *asno vivo* de Mme. Potevin, y los asnos vestidos que suben solos, esos son los que pagan, y pagan, y pagan todo lo que cobran, y *ainda mais*, los que miran y no ven, y los que se ahogan en esta atmósfera en que se sostiene la pesadumbre de los humos de tanto hombre-globo.

Y sin mas por hoy, espresiones al niño y besos á la *parienta*, y me alegraré de que no sea cosa de cuidado:

RECUERDOS DE UNA GATA.

Para ejemplo y enseñanza de todas vosotras, gatas hermanas mias, tomo la pluma y meándola en el puchero de la amargura, escribo estos recuerdos, en mis ratos perdidos, que son todos los ratos mios, porque mas perdida que me encuentro no se ha visto gata en el mundo. No tengo mas pension que la de mis trabajos, ni mas alimento que el que, esponiéndome á un escobazo ó á caer en alguna emboscada, hurto cuando puedo, cuando mis penas y mis recuerdos no me tienen postrada delante de algun agujero, esperando al mismo tiempo que salga algun ratoncillo para administrármelo, ya que en mis buenos tiempos tantos de estos animalitos dejé escapar,—que así despreciamos los mortales, cuando nos sonrie la fortuna, lo mismo que luego deseamos ardientemente, porque no tenemos otra cosa.

Triste de mí! Dejarme, gatas queridas mias, que al reunir mis recuerdos, por si de algun provecho os pueden ser, llóre mis deslices, y mis imprudencias, y mis coquetarias, y sobre todo mi arrastrada suerte, que si esta fuera buena no me preocuparian mis ligerezas, ni lloraria mis culpas, imitando en esto á los seres racionales, que solo se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena. Pero secaré mis lágrimas con la cola, y comenzaré mi historia.

Al estruendo de las descargas de artillería y fusilería, y arrullada por las voces y los juramentos de los combatientes, nací en esta villa de Madrid el año 1854, en el mes de Julio; mi madre, que era una gata de buena casa, habia visto á mi padre, su amante, caer, poco antes de mi nacimiento, desde el tejado á la calle, victima de nuestras discordias políticas, y sobre todo de un balazo perdido, y se se habia guarecido llena de horror y de miedo, no por ella, sino por los inocentes seres que en su seno se agitaban, en un desvan, donde vimos la luz primera mis tres hermanos y yo, huérfanos desde la cuna, aunque tal cuna no tuvimos.... Pertenece mi madre á la familia que habitaba el cuarto segundo de aquella casa, familia honrada, que vivia holgadamente, y que siempre se opuso á los amores de mi pobre sensible madre con mi padre, porque este era un gato del pueblo, que vivia de la garra y el contrabando; y como se le veia siempre en los tejados, holgazaneando y persiguiendo á todos los gatos, y batiéndose á uña con todos los gatos, no tenia la mejor opinion en la vecindad, y nunca le permitió entrar en la casa, y por eso tenia mi madre que salir al tejado á departir con el dueño de su albedrio.—Aquel dia habia salido á hablar con él,

á hablar de los hijos que de aquellos azarosos amores iban á nacer, y á pedirle que los reconociera, ya que no los habia de mantener, que es lo que un padre debe hacer por sus hijos, y precisamente lo que no puede hacer un padre que, como el mio, fué siempre un perdido y tuvo todos los vicios que callo, porque respeto su memoria, y porque al fin fué mi padre. Muerto este pobre animal de una manera tan desgraciada, aunque yo no sé que haya manera dichosa de morir, y nacidos poco despues sus hijos, mi madre, que no habia comido desde el dia anterior, y no podia, por miedo á los tiros, bajar á comer á su casa, y consideraba qué negro porvenir nos esperaba, no habiendo sido reconocidos por nuestro desdichado padre, y tenia vergüenza de presentar en aquella honrada familia cuatro hijos, que no podrian justificar quién habia sido el autor de sus dias, resolvió, con el valor de una espartana, comerse sus hijos, empezando por los varones, persuadida de que en aquel tiempo de revueltas políticas, y tiros, y zambombazos, los varones estaban espuestos á grandes peligros.

Tres dias duró la revolucion, y en cada uno mi madre se comió un hijo; aquellos pobres hermanos mios no hicieron mas que asomarse al mundo, y volvieron al sitio de su procedencia, bien convencidos de que no era aquella la mejor ocasion de presentarse en escena.

Amaneció el cuarto dia, y pasó la hora de la comida de mi madre, que me miraba amorosamente, y bien á las claras demostraba qué profunda pena le causaria verse en la necesidad de comerme á mi tambien.... Francamente, no tenia yo muchas ganas de satisfacer el apetito de mi madre, y temblaba el momento en que me dijera: «Ven, hija mia, que te voy á comer!»—Llegó este horrible momento, mi madre empezó á lamerme, y ya iba á hacer como con mis hermanos, cuando una mano blanca y suave me cogió, y una boca fresca, sonrosada y de perfumado aliento estampó un beso en mi cabecita.... Alzó mi madre la suya, gruñó, se levantó y siguió á la bienhechora dama que me habia librado de la mas oscura y triste de las muertes, cogiéndome en sus brazos, cuando mi madre iba á cogerme en la boca.

Era aquella la señorita de la casa, que notando la falta de mi madre, habia salido á buscarla. Agasajáronme mucho, extrañáronse de que mi madre hubiese sido tan estéril en aquella ocasion, y yo me libré bien de descubrir el paradero de mis hermanos, porque ya el mal no tenia remedio, y porque al fin, no es buena hija la que saca á relucir las faltas de su madre, y porque al fin y al cabo tenia la mia poderosas razones para haberse comido sus hijos, aunque no hubiera tenido ninguna para comerme á mi, idea que no se le volvió á ocurrir, porque la señorita y la cocinera la dieron bien de comer, con lo que ella cobró fuerzas,—que en verdad no le habian faltado,—para criarme tranquila y cosegada. Mamé todo el tiempo que me permitieron, ni mas ni menos que un empleado del gobierno, y agasajada y festejada estuve en aquella honrada casa, siempre en brazos de la señorita, y durmiendo siempre en su misma cama, y comiendo en su blanca mano los ricos bizcochos, y de todo lo mas delicado y apetitoso que entraba en la casa. Tenia mi señorita un novio, que no me podia ver, porque su novia me acariciaba y me besaba, y muchas veces decia con cierto desprecio:—¡Quién fuera gato!... y no era él por cierto mal gato. Un dia, cuando yo estaba en la falda de mi ama, quiso cogerle la mano, y yo le di un arañazo; otro dia le dió su retrato en fotografia, mi amita lo dejó sobre la mesa, y yo lo tiré al suelo, y lo pisé, y lo arrastré, y lo mordi, y lo puse hecho una verdadera lástima; otra vez se acercó demasiado á ver un bordado que mi amita tenia sobre la falda y sobre mí, y sin mas que alargar la mano, le dibujé en la nariz una bonita linea sonrosada, cuya señal no se le quitó en mucho tiempo.

—¡La gata ó yo! exclamó el novio, indignado y bufando de cólera; y mi amita, que tenia una jaqueca horrible, optó sabiamente por mí.

Cinco novios uno tras otro eché de la casa á mordiscos y arañazos, pero mi ama era mujer, y cuando tuvo veinticinco años, y se vió sin novio, pensó que era preferible un marido á una gata, y con el primero que se presentó uniósese en indisoluble lazo, proponiéndose recompensarme á mi de las caricias que me habia robado durante el tiempo del noviazgo, despues del casamiento.—Con aquel matrimonio fui á vivir, y en mi vida he estado tan aburrida como durante la luna de miel de los esposos. Felizmente para mí, duró poco la tal luna, y el marido empezó pronto á distraerse, y á dejar sola á la esposa, que se consolaba conmigo, y sentia, cuando ya no habia remedio para su mal, con cuánta razon y con qué buena intencion acribillaba yo las manos y la cara á sus novios. De buena gana hubiera hecho lo mismo con el marido, pero me detenia la consideracion de que era el amo y podia retorcerme el pescuezo.

Un dia, despues de una escena horrible de reprimaciones, ataques de nervios, y golpes en la mesa, y vuelco de candeleros, y arranques de pelo, que

me impresionó bastante, y me puso la cola muy fosca, mi amo se marchó y no volvió.—Como que se fué sin parar á la Habana.

Mi ama lloró mucho, y despues de llorar, tuvo que *reducirse*,—porque he advertido que la falta de dinero achica á todo el mundo,—y las sillas de tapicería, y la magnífica cama de hierro dorada, y los muelles colchones de pluma, y hasta mi sillita que habia comprado mi ama para mí, pasaron á poder de un prendero, y en lugar de ser trasladada en coche, como lo habia sido á la casa nueva cuando nos casamos mi ama y yo con aquel hombre, trasladada fué dentro de un talego, ni mas ni menos que gata de jubilado ó de profesora en partos, á un sotabanco, casi desnudo de muebles. Y ya no me servia mi amita en sus delicadas manos aquellos selectos manjares que tanto me habian engolosinado, sino que me traia, y gracias, eso que llaman boses, con los que creí yo echar los mios, y que no tuve mas remedio que admitir, porque á buen hambre no hay pan duro. Mi ama solia acariciarme, pero como los gatos somos ingratos y olvidadizos, ni mas ni menos que los hombres, las caricias de mi ama me hacian ya poquisima gracia, y llegó momento en que, impaciente y aburrida, la solté un arañazo, y ella me aplicó un zapatazo, que acabó con la poca aficion que me quedaba á la que en los azarosos dias de mi infancia habia sido mi protectora.

Saliame yo á la azotea que tenia el sotabanco, á pensar en la inestabilidad de las cosas humanas, y allí me estaba las horas muertas, tendida al sol ó persiguiendo á las moscas, que por allí revoloteaban, ó jugando con mi propia cola,—que cada uno se divierte en el mundo con lo que puede.... Un dia apareció en la azotea de enfrente un gato, un real mazo, grande, esbelto, con los ojos negros, hermosos é insinuantes, la cola elegante y airosa, con las orejas transparentes, bonitas, flexibles, un gato, en fin, capaz de volver loca de amores á la gata mas misántropa y metida en sí. Saludóme con el lenguaje de los gatos y con las siguientes palabras:

—¡Oh! tú, la gata mas donosa, voluptuosa y hermosa que ojos de gato han visto, no seas insensible al fino amor que tu presencia ha hecho nacer en mí. No porque me veas en el tejado, me tengas por gato vagamundo y de baja y deleznable clase; gato soy de familia principal, y nacido en el palacio de los reyes, de ilustres y honrados padres prohibidos por la noble señora, que fué madre de la que hoy me tiene á su lado.... Nacimiento, valor y fortuna rindo á tus piés, hermosa gata mia, y así lo seas, que no ha de pesarte y has de dar envidia á todas las gatas de la tierra... y todas han de aclamarte reina y señora, y si no sus padres, hermanos y amantes, serán conmigo en singular batalla, y el esfuerzo de mis uñas les obligará á confesar que en toda la redondez de la tierra no hay gata mas discreta y mas hermosa que la dueña de mi albedrio, ni gato mas galan, valiente y cortés que yo.... Deja, ¡oh luz de mis ojos! esa miserable vivienda indigna de tu hermosura, y vente conmigo á ser querida como no lo será gata en el mundo.... Gato caballero soy, y por la cruz de la espada de aquel guardia civil que pasa por la calle, te juro que he de ser constante y leal, y que lo mismo te amaré ahora que estás lozana y rebosando salud y juventud, que cuando estes fea, flaca, pelada y hecha un cascajo, que no soy yo, aunque joven, de esos gatos del dia, de los de tantas veo tantas quiero, y tan volubles é inconsistentes en el amor como en la aficion á sus dueños. Ven á calmar mi angustia, tú que has de ser ó mi ventura ó mi desesperacion, que en lo que te he dicho no hay hipérbole alguna, y que desde que hace dias te ví, tu imagen seductora es constante sombra de mi sueño, y los ratones se pasean en esta casa en mis mismisimos bigotes, porque por no distraer de tí mi pensamiento, ni como ratones, ni pruebo el queso, ni la doncella que nos sirve en esta casa echa de menos ya, como solia, ora el trozo rico de jamon, ora la succulenta chuleta de sabroso puerco ó de tierna ternera con que entretenia antes mis ocios.... Plénsalo bien, y mañana á esta hora, en este mismo sitio, oiré de tu dulcísima boca la sentencia de mi muerte,—que será dulce si tú la pronuncias,—ó la promesa de mi felicidad eterna.

Y moviendo la cola, con la que me hizo una cortesía llena de gracia y distincion, alejose aquel apuesto galan, dejándome profundamente impresionada, y luchando con mil deseos y mil inquietudes.

(Se continuará el domingo próximo.)

EL ÁNGEL DE LA CARIDAD.

(Continuacion.)

Una joven de diez y ocho años, vestida modestamente con una bata de percal, se ocu-

paba en arreglar una reducida habitacion, limpian- do las mesas y las sillas y recogiendo del suelo hi- dachos y papeles; en tanto que una venerable an- ciana se frotaba las manos delante de un barreño lleno de ceniza, en medio de la cual brillaban algu- nas áscuas.

La anciana miraba á su nieta con verdadero orgullo. Y en verdad que era fundado el orgullo de la po- bre vieja.

Dios, que no considera nunca la condicion social para dispensar las bellezas físicas ó morales, habia colmado de unas y otras á Cristina.

Cristina era mas hermosa que la marquesa del Laurel, mas graciosa que Isabel y más simpática que la misma Luisa. Su humilde condicion la pre- servaba del escollo en que tropieza frecuentemente la modestia; no estaba espuesta á oír las lisonjas que el mundo prodiga, y su mayor satisfaccion era una sonrisa de cariño de su abuela.

Atenta solo á trabajar con mas primor que sus compañeras en los bordados que se la confiaban, amable y humilde con todo el mundo, resignada á las penas que todos, pobres y ricos, hallamos en el camino de la vida, la joven bordadora hallaba la felicidad, si es que la felicidad puede hallarse en el mundo, en el estricto cumplimiento de sus deberes y en el entrañable amor que su abuela le profesaba.

Su jornal, módico sí, pero que nunca le faltaba, y lo poco que habia heredado de su padre, satisfacian completamente las moderadas necesidades de las dos mujeres.

El primer dia del año no habia producido cambio alguno en aquel tranquilo hogar. La abuela habia abrazado aquel dia con mas efusion que nunca á su nieta, y habia dado gracias á Dios, que la habia de- jado un corazon generoso en el mundo, aunque le habia llevado otros.

Cristina acababa de arreglar su casita, cuando un ligero ruido la hizo volver la cabeza y fijar sus ojos en la puerta de entrada, que se hallaba entreabier- ta. Una niña, miserablemente vestida, y que tem- blaba de frio, se presentó con una timidez que indi- caba claramente su miseria.

Cristina la cogió de la mano y la hizo entrar y sentarse delante del fuego, cerca de su abuela.

Clara, que así se llamaba la niña, era la huérfana que vivia en el piso quinto.

Cristina la amaba como una hermana, porque su corazon expansivo la inclinaba con preferencia á los niños, y porque entre las dos habia una completa fraternidad de desgracia; si así puede decirse; ni una ni otra habian conocido á su madre. Además, Cristina habia tenido en sus brazos en la pila bautis- mal á Clara.

Penosa impresion causó en Cristina ver, aquel dia sobre todo, qué gruesas lágrimas se desprendian de los ojos de aquella tierna criatura.

—¿Qué tienes, hija mia? la preguntó. ¿Por qué lloras?

—Pero la niña habia ocultado su cabeza entre las rodillas de su madrina y no respondia.

—Si no me lo quieres decir, iré á preguntárselo á tu padre.

—No, no quiero, se apresuró á decir la niña; no hagás eso; yo he salido de casa para que mi padre no me viera llorar, porque él llora tambien cuando me vé llorando.

—Vamos, repuso Cristina visiblemente conmovi- da; quiero absolutamente saber qué tienes, ó no te bordaré el pantaloncito que te ofrecí.

—Todo te lo voy á decir, madrina, pero no me reñirás, ¿no?... porque yo no debia llorar por eso; pero... Ya sabes que desde el dia de Todos Santos voy á la escuela...

—Sí, ya lo sé, y espero que te aplicarás mucho, y que pronto me ayudarás á bordar.

—Sí, sí, soy la mas aplicada de todas, y la maestra me quiere mucho... Pero por eso mismo me tienen mucha envidia las demás niñas... y no hacen mas que decirme...

Y Clara empezó á llorar otra vez.

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

fraternidad de desgracia; si así puede decirse; ni una ni otra habian conocido á su madre. Además, Cristina habia tenido en sus brazos en la pila bautis- mal á Clara.

Penosa impresion causó en Cristina ver, aquel dia sobre todo, qué gruesas lágrimas se desprendian de los ojos de aquella tierna criatura.

—¿Qué tienes, hija mia? la preguntó. ¿Por qué lloras?

—Pero la niña habia ocultado su cabeza entre las rodillas de su madrina y no respondia.

—Si no me lo quieres decir, iré á preguntárselo á tu padre.

—No, no quiero, se apresuró á decir la niña; no hagás eso; yo he salido de casa para que mi padre no me viera llorar, porque él llora tambien cuando me vé llorando.

—Vamos, repuso Cristina visiblemente conmovi- da; quiero absolutamente saber qué tienes, ó no te bordaré el pantaloncito que te ofrecí.

—Todo te lo voy á decir, madrina, pero no me reñirás, ¿no?... porque yo no debia llorar por eso; pero... Ya sabes que desde el dia de Todos Santos voy á la escuela...

—Sí, ya lo sé, y espero que te aplicarás mucho, y que pronto me ayudarás á bordar.

—Sí, sí, soy la mas aplicada de todas, y la maestra me quiere mucho... Pero por eso mismo me tienen mucha envidia las demás niñas... y no hacen mas que decirme...

Y Clara empezó á llorar otra vez.

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

—No, madrina; pero muchas veces he dicho á mi padre que me compre un vestido de lana para ir á la escuela y para que no me insulten las niñas... Pa- dre me lo habia ofrecido... y hoy... hoy me ha di- cho que hasta la Semana Santa no me lo puede com-prar... Yo no he querido llorar... porque él hubie- ra llorado tambien... por eso he venido aquí á llo- rar... Y ahora me vuelvo á casa... mi padre está solo....

—Pero ¿qué es lo que te han dicho? volvió á pre- guntar Cristina, secando con su pañuelo los ojos de la niña.

—Me dicen que no tengo mas que un vestido, por- que desde el dia que entré en la escuela no me han visto otro... me dicen que soy una desastrada... me dicen que debo ser inclusera...

Y la niña no pudo continuar.

Cristina no pudo menos de sonreirse.

—Pero eso no es lo que hoy te hace llorar, ¿no es verdad?

Cristina volvió á abrazar á la niña, y puso en sus manos un libro cuidadosamente envuelto y guardado en el cesto de labor de la bordadora durante un mes, esperando que llegara el dia primero del año.

La abuela tenia tambien su regalito para la niña; una caja de jalea y dos figurás de mazapan.

Clara subió muy contenta á su casa y no pensó aquel dia en el vestido de lana que su padre no le podia comprar.

Cristina no pensó en otra cosa todo el dia. Cristina vestia alternativamente durante el in- vierno, dos sayas de un color muy oscuro; la una te- nia ya algunos años de servicio y no podia servir mucho tiempo mas; la otra era de mejor calidad y de fecha mas reciente: la caritativa joven pensó que la mas usada era muy buena para llevarla todos los dias al obrador, y que con la otra podria hacer un vestido casi de lujo para que su ahijada se presen- tara mas decente en la escuela.

El proyecto, aprobado por la abuela, sin cuyo pa- recer nada hacia la bordadora, se realizó en muy pocas horas.

Al dia siguiente, la pobre niña ostentaba en me- dio de sus compañeras un traje de lana que todas le envidiaban, y aquel pequeño sacrificio de Cristina habia hecho al padre de Clara llorar de gratitud.

(Se continuará.)

VISTA ALEGRE DE EL PUEYO.

El célebre establecimiento de aguas y baños mi- nero-medicinales de Panticosa, toma su nombre de un pueblo así llamado, que dista una legua larga de aquel; de modo que despues de pasar á vista de Panticosa, todavia faltan dos horas de viaje para llegar al citado establecimiento: se necesitan las dos horas para una legua, porque el camino es todo en cuesta con infinidad de rodeos. El camino nuevo desde Biéscas, vá á cierta altura por una de las ver- tientes de una hondonada, en cuyo fondo corre en- tre peñas el rio Caldarés, rio valiente que, como alguno de ellos, dura muy poco; se forma de cuatro ó cinco torrentes delante de las casas del estable- cimiento; baja despeñado entre precipicios por es- pacio de legua y cuarto, alborotando con sus caídas aquellas quebradas, que por él jamás han sabido lo que es silencio; y, algo mas abajo de Panticosa, se queja en silencio algunas cascadas en aguas.

que huele á jazmin y á nardo... llevan la raya en medio de la cabeza, y se ponen mucho mimo el sombrero para que de ningun modo se les descomponga el pelo. Las damas que van á tiendas á ver lo que vino nuevo, que suele ser lo que vino de Regente Espartero, y á pedir muestras de todos los géneros extranjeros, las que van á hacer visitas, que es como á perder el tiempo, las que van pensando acaso cómo podrán comer luego, los que van detrás de alguna que al través de espeso velo, que al deja ver un par de soles como que son, un par de ojos negros, los que van pensando cómo se harán con un aderezo, que hay en casa de Pizzala, sin tener que dar dinero, los transeuntes ni el dueño, y mucho menos los guardias, que todo quieren saberlo. Los que salen á la calle sin necesidad ni objeto, los que tienen los piés malos, los que van con codo con codo camino del Saladero, y las señoras en cinta por temor de dar un vuelco... Y hace calor, si es verano, y hace frio, si es invierno, y tocan los organillos, y juran los carreteros... y en tanto, como un filósofo, por las calles me paseo, viendo movimiento tanto, pensando que el siglo próximo no hemos de poder movernos. Y aquí se acaba, señores, este romance de ciego.

(Romance para el número próximo:—Madrid.—Por la tarde.)

ROMANCES POPULARES,

por D. CARLOS FRONTAURA.

Madrid.

Por la Mañana.

(Conclusion.)

A las doce, por las calles salen de prisa y corriendo los agentes de negocios, de los negocios agenos, los ministros que al escape van á celebrar consejo, á ver á quien convendra quitar ó dar un empleo, los miseros pretendientes que van siempre tras aquellos, y en todas partes les cuen como llovidos del cielo, ó por el mismo demonio enviados del infierno, los que á citar van á juicio á quien les debe dinero, los que reparten novelas que hacen erizar los pelos, los que van á la parroquia á mandar tocar á fuego, los apreciables maridos que lo son hace ya tiempo, los que van á ver si hay algo, á ver si hay algo de nuevo, á ver si está, como suele, en crisis el ministerio, á ver quien entra, quien sale, á ver si al cabo hay jaleo, á saber quien se ha casado,

á averiguar quien se ha muerto, á ver si por su ventura ven de paso algun siniestro, un atropello, una muerte repentina, un hundimiento, una riña entre dos hembras que se azotan por supuesto, el suicidio de un vecino, que se estrella como un huevo, la persecucion, y estragos, y muerte airada de un perro, á ver si saben detalles de un escándalo doméstico entre un marqués muy tronado y una marquesa de trueno, á saber quien ha perdido en la Bolsa los dineros, y quien hereda un millon que le ha dejado su abuelo, y si es verdad que un magnate ha dicho á su esposa: «¡Vuelvo!» y á los tribunales ella lo vá á llevar del pescuezo... á ver si se vé una causa, á ver qué tal es el reo, á ver si es tan elegante cual los papeles dijeron, y tan hermoso y simpático, y tan fino y tan soberbio... y á ver, en fin, lo que ocurra, más si es malo que si es bueno, para ser luego en llevar las noticias los primeros... Van despacio por las calles los que van á dar dinero, los que citados á juicio van buscando algun pretesto, los buenos mozos que quieren lucir la ropa y el cuerpo, y se miran la pechera, y se miran el chaleco, y el pantalon y el levita, y en una tienda de espejos, y se examina la corbata, y se componen el cuello, y en cuanto ven una arruga se van á casa corriendo, y si ven polvo en las botas lo limpian con el pañuelo,

á averiguar quien se ha muerto, á ver si por su ventura ven de paso algun siniestro, un atropello, una muerte repentina, un hundimiento, una riña entre dos hembras que se azotan por supuesto, el suicidio de un vecino, que se estrella como un huevo, la persecucion, y estragos, y muerte airada de un perro, á ver si saben detalles de un escándalo doméstico entre un marqués muy tronado y una marquesa de trueno, á saber quien ha perdido en la Bolsa los dineros, y quien hereda un millon que le ha dejado su abuelo, y si es verdad que un magnate ha dicho á su esposa: «¡Vuelvo!» y á los tribunales ella lo vá á llevar del pescuezo... á ver si se vé una causa, á ver qué tal es el reo, á ver si es tan elegante cual los papeles dijeron, y tan hermoso y simpático, y tan fino y tan soberbio... y á ver, en fin, lo que ocurra, más si es malo que si es bueno, para ser luego en llevar las noticias los primeros... Van despacio por las calles los que van á dar dinero, los que citados á juicio van buscando algun pretesto, los buenos mozos que quieren lucir la ropa y el cuerpo, y se miran la pechera, y se miran el chaleco, y el pantalon y el levita, y en una tienda de espejos, y se examina la corbata, y se componen el cuello, y en cuanto ven una arruga se van á casa corriendo, y si ven polvo en las botas lo limpian con el pañuelo,

á averiguar quien se ha muerto, á ver si por su ventura ven de paso algun siniestro, un atropello, una muerte repentina, un hundimiento, una riña entre dos hembras que se azotan por supuesto, el suicidio de un vecino, que se estrella como un huevo, la persecucion, y estragos, y muerte airada de un perro, á ver si saben detalles de un escándalo doméstico entre un marqués muy tronado y una marquesa de trueno, á saber quien ha perdido en la Bolsa los dineros, y quien hereda un millon que le ha dejado su abuelo, y si es verdad que un magnate ha dicho á su esposa: «¡Vuelvo!» y á los tribunales ella lo vá á llevar del pescuezo... á ver si se vé una causa, á ver qué tal es el reo, á ver si es tan elegante cual los papeles dijeron, y tan hermoso y simpático, y tan fino y tan soberbio... y á ver, en fin, lo que ocurra, más si es malo que si es bueno, para ser luego en llevar las noticias los primeros... Van despacio por las calles los que van á dar dinero, los que citados á juicio van buscando algun pretesto, los buenos mozos que quieren lucir la ropa y el cuerpo, y se miran la pechera, y se miran el chaleco, y el pantalon y el levita, y en una tienda de espejos, y se examina la corbata, y se componen el cuello, y en cuanto ven una arruga se van á casa corriendo, y si ven polvo en las botas lo limpian con el pañuelo,

á averiguar quien se ha muerto, á ver si por su ventura ven de paso algun siniestro, un atropello, una muerte repentina, un hundimiento, una riña entre dos hembras que se azotan por supuesto, el suicidio de un vecino, que se estrella como un huevo, la persecucion, y estragos, y muerte airada de un perro, á ver si saben detalles de un escándalo doméstico entre un marqués muy tronado y una marquesa de trueno, á saber quien ha perdido en la Bolsa los dineros, y quien hereda un millon que le ha dejado su abuelo, y si es verdad que un magnate ha dicho á su esposa: «¡Vuelvo!» y á los tribunales ella lo vá á llevar del pescuezo... á ver si se vé una causa, á ver qué tal es el reo, á ver si es tan elegante cual los papeles dijeron, y tan hermoso y simpático, y tan fino y tan soberbio... y á ver, en fin, lo que ocurra, más si es malo que si es bueno, para ser luego en llevar las noticias los primeros... Van despacio por las calles los que van á dar dinero, los que citados á juicio van buscando algun pretesto, los buenos mozos que quieren lucir la ropa y el cuerpo, y se miran la pechera, y se miran el chaleco, y el pantalon y el levita, y en una tienda de espejos, y se examina la corbata, y se componen el cuello, y en cuanto ven una arruga se van á casa corriendo, y si ven polvo en las botas lo limpian con el pañuelo,

á averiguar quien se ha muerto, á ver si por su ventura ven de paso algun siniestro, un atropello, una muerte repentina, un hundimiento, una riña entre dos hembras que se azotan por supuesto, el suicidio de un vecino, que se estrella como un huevo, la persecucion, y estragos, y muerte airada de un perro, á ver si saben detalles de un escándalo doméstico entre un marqués muy tronado y una marquesa de trueno, á saber quien ha perdido en la Bolsa los dineros, y quien hereda un millon que le ha dejado su abuelo, y si es verdad que un magnate ha dicho á su esposa: «¡Vuelvo!» y á los tribunales ella lo vá á llevar del pescuezo... á ver si se vé una causa, á ver qué tal es el reo, á ver si es tan elegante cual los papeles dijeron, y tan hermoso y simpático, y tan fino y tan soberbio... y á ver, en fin, lo que ocurra, más si es malo que si es bueno, para ser luego en llevar las noticias los primeros... Van despacio por las calles los que van á dar dinero, los que citados á juicio van buscando algun pretesto, los buenos mozos que quieren lucir la ropa y el cuerpo, y se miran la pechera, y se miran el chaleco, y el pantalon y el levita, y en una tienda de espejos, y se examina la corbata, y se componen el cuello, y en cuanto ven una arruga se van á casa corriendo, y si ven polvo en las botas lo limpian con el pañuelo,

frente al pueblecito llamado El Pueyo, encuentra con la corriente del Gállego, que le usurpa contra toda ley el caudal y el nombre, porque ordinariamente lleva el Caldará casi tanta o tanta agua como el Gállego, y á veces más; pero allá van nombres donde quieren hombres. Cuando la diligencia va subiendo lentamente aquel empinado camino, antes de descubrir el encuentro de entrambos rios, se vé á la derecha, en un valle, y casi en lo más profundo de él, el pueblecito de El Pueyo, porción de casas caprichosamente distribuidas, que apenas forman calles, y apartado de ellas, en un repecho, en el punto más pintoresco de toda la hoya, descuellan un edificio nuevo, regular, elegante, que alegra la vista y se lleva las atenciones de los viajeros. Forma su planta un cuadrilongo de 32 metros de largo por 23 y medio de ancho: consta la casa de un piso inferior para bodegas, uno bajo, otro principal, y sobre él guardillas altas y vidieras. La fachada principal, que dá frente al camino, tiene en el piso superior un hermoso balcon de tres huecos en medio, otros dos de un hueco solo á los extremos, y dos ventanas entre ellos y el balcon central: el piso bajo tiene la puerta principal en medio, cuya escalinata por cierto aun está por poner, y tres ventanas á cada lado: el techo es á dos aguas y empizarrado á estilo del pais. Llamán á esta linda casa la Quinta de Vista Alegre, denominacion en verdad merecida, porque desde el balcon principal se registra todo el pueblo con su iglesia, construccion de fines del siglo XVI, á juzgar por una fecha (1586) que hay encima de la puerta de la sacristia; al frente el rio, más allá á cierta altura la carretera, á la izquierda y abajo, huertas, sembrados y arboledas, cerrando el horizonte montes cubiertos de vegetacion vigorosa. Por la espalda la vista se espacia poco porque los cerros están muy cerca. Esta linda morada, única de su clase que se vé desde Zaragoza hasta los baños, es debida al buen gusto de uno de los dueños del establecimiento medicinal, el Sr. D. Nicolás Guallart, vecino de Zaragoza, que la ha construido para pasar allí los veranos; el habitador constante de ella es el cura del Pueyo, á quien hospeda el Sr. Guallart generosamente. Piezas desahogadas, claras, provistas de excelente mueblaje, permiten tambien hospedar á los amigos del dueño que se quieren detener allí á la vuelta de Panticosa, porque á la ida urge casi siempre llegar cuanto antes para encontrar cuarto en el Establecimiento. Mucha falta hace que, tomando por modelo la Quinta del Sr. Guallart, se construya ó se habilitase siquiera alguna casa de posadas buena en aquella via: cuando uno vuelve y para por ejemplo en Huesca, habiendo salido de Vista Alegre, el cambio es doloroso, el contraste completo. Una casa viejísima, piso desigual y despedazado, las maderas de puertas y de ventanas carcomidas, mugrientas, decaendo irse á descansar al fogen, alcobas ahogadizas, camas cuya traza dá miedo. Verdad es que para el tiempo que allí se ha de pasar, con cualquier cosa basta. Hay una empresa de diligencias que admite viajeros en Panticosa y los lleva hasta Almudébar, donde toman el camino de hierro. Se sale de los baños á las cinco de la mañana; se almuerza ó come en Jaca á cosa del medio dia, y se llega á Huesca entre ocho y nueve de la noche. Se le dice al viajero que tiene á su disposicion cuatro horas para cena y descansar: cuatro horas para una persona que hace un viaje por motivos de salud, cuatro horas de tranquilidad para un enfermo, tal vez muy delicado, no son de perder. Hay una posada oficial (digámoslo así) de la empresa; hay además un honrado vecino de la ciudad, que quita los viajeros que puede á la posadera oficial: preferimos nosotros á la posadera con titulo, y no tuvimos por qué alabarnos de la eleccion: los caminantes que se fueron con el intruso dijeron que habian tenido buena habitacion, buena cena y buena cama: los del partido legal no pudimos decir otro tanto, sino por antifrasis. A la una de la noche volvimos á la diligencia; á las tres y media ó poco más de la madrugada llegamos á Almudébar: á las ocho llegaba el tren que habia de conducirnos á Zaragoza. La estacion de Almudébar se halla situada en medio del campo; allí no hay fonda ni parador: ¿dónde habiamos de pasar las cuatro horas y pico de espera? En la diligencia misma, ó bien en paseo: de estas dos cosas podiamos elegir libremente la que mejor nos pareciera. A cualquiera se ocurre que en lugar de esperar cuatro horas en la estacion de Almudébar, se podian pasar cuatro horas en Huesca; pero la empresa conductora, que debe tener sus razones para proteger á la posadera de aquella ciudad, ha discurrido sabiamente que el medio de hacer apetecible un mal alojamiento, es dejar á los viajeros parados donde no hay ninguno. Dos galgos dormian placidamente sobre unas sacas, de las muchas que estaban amontonadas debajo de un cobertizo de la estacion: reparó en ellos un viajero que no sabia qué hacer de su cuerpo, quebrantado por la falta de sueño y por la desazon que produce una larga espera, y exclamó: «¡Quién fuera perro!»—¿Por qué lo dice? preguntaron algunos.—Porque pudiera dormir como esos ani-

malitos, nos contestó, y ladrar cuando menos contra quien nos trae de esta manera.» Recordando nosotros la noche anterior pasada en la Quinta de Vista Alegre, tan elegante y cómoda, se nos ocurrió pedir á Dios concediese al bendito hospedador intruso de Huesca los medios de habilitar pronto una casa de posadas por el estilo de la casita del Sr. Guallart, y que la continuacion del ferrocarril obligue á reformar ese servicio de diligencias, cuyo propietario, por ahorrar un tiro de caballerias, apenas deja descansar á los viajeros en Huesca, donde siquiera hay camas, y los detiene cuatro horas mortales en Almudébar, donde no hay otra que la del santo suelo.

Era esto en el dia 15 del mes pasado, Madrid, 7 de Agosto de 1864.

J. E. HARCENBÜSCH.

CASCABELES.

No podemos publicar la carta que se nos ha remitido acerca de la Beneficosa, porque en ella se alude á los redactores de un periódico, que por cierto se han despachado á su gusto, escribiendo contra el director de El Cascabel.

Para complacer al autor de la carta en cuestion, solo podemos decir que cada vez aumenta y se consolida mas el crédito de aquella sociedad, de lo que nos alegramos.

El periódico El Independiente comenzará á publicarse en 1.º de Setiembre.

Mucho cuidado con los cartagineses.

Un periódico independiente que viva de sus suscripciones, que le ponga las peras á cuarto al gobierno y de balde á todo el mundo, y que á ministros y á oposicionistas diga las verdades del barquero, hace mucha falta en España.

Si así lo hace El Independiente, Dios se lo premie, y si no que se lo premie cualquier gobierno.

LOGOGRIFO.

Conmigo, lector amigo, constante la muerte va, y yo mato al inocente, lo mismo que al criminal, y por mí las madres lloran, y suelen quedar sin pan, y en las letras de mi nombre tengo un siniestro animal, y el hombre que más me teme, lo que un toro suele dar lo que siempre está en un sitio y siempre corriendo va, lo que no falta en un buque, un cachazudo animal, una tribu muy antigua, un pueblo para llorar, do va el hombre mas lloron que ha visto la cristiandad, lo que, yendo en diligencia, podrás acaso apreciar, lo que tener se pretende con gentes de calidad, un animal que divierte, una señal que es fatal, y que en la mitología y en la plaza la hallaras, un animal muy ligero, lo que te parecerá tu novia, si es que la quieres, otro temible animal, una verdura, un alfanje, lo que á ellas les gusta más, lo que brilla entre las flores, tres sentidos, lo que hará cualquier político el dia que le dejan sin yantar, España, lo que te dice qué tiempo viviendo vas, un hombre sano y forzudo, lo que ese mismo tendrá, lo que levanta cualquiera en esta dichosa edad, el mortal mas desdichado, lo que esté al morir dirá, un rio lejano, en donde acaso te comerán, lo que le digo á la Nena cuando la veo bailar, lo que hallas en la política, que lo habia en el canal, lo que es algun empleado que mucho tono se dá, lo que deben tener todos los que empleados están, lo que es á Igúno que pasa por persona principal,

un nombre, lo que se toma y no se puede dejar, si es que se toma en la iglesia, con lo que Manuela vá, una modista que vive en la calle de San Juan, lo que hace caer á un hombre y á dos y á tres y á mil mas, y algunas cosas que callo para mayor brevedad.

Solucion del logogrifo inserto en el numero anterior.

Tu logogrifo es Saboya. Queda tuyo.—J. Moya.

CHARADITA.

La primera y la segunda no te la puedes cambiar; primera y tercera toma todo lo que no le dan; tercera, segunda y cuarta están dentro de la mar; tercera y cuarta las tierras que cultives te darán; es pelo tercera y prima, pero no se lleva ya; y la primera y la cuarta de fijo te quemarán; y dice cualquiera el todo con mucha formalidad, y cualquiera se lo come, con salsa y pimienta y sal.

Solucion á la charadita inserta en el numero anterior.

Tu charadita es Joroba. Queda tuya.—J. Boba.

Recomendamos á nuestros suscritores el estudio de abogado de nuestro amigo el director de la Gaceta medico-forense, D. Florencio Alvarez Ossorio. Este señor admite consultas, para cuyo objeto recibe diariamente de doce á dos de la tarde, y defiende gratuitamente á los pobres. Vive en la calle de Hortaleza, núm. 142.

ANUNCIO.

HISTORIAS TRISTES.

Ocho leyendas escritas por D. Carlos Frontaura. Seis originales y dos imitados del francés. Un tomo de 160 páginas de impresion muy compacta y que contiene mas lectura que un tomo en 8.º de 300 páginas y letra regleteada. Lectura amena, entretenida, moral y provechosa. Bonita edicion, letra nueva.

TÍTULOS DE LAS LEYENDAS.

- El 13 de Enero. La Palma bendita. Emilia. Las Animas. Doña Maria de Alhama. Arria. Hulkem. Mala lengua.

Precio: 4 rs.

Madrid, Administracion de EL CASCABEL, Jardines, 11.—Librerías de Bailli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, y de Duran, Carrera de San Gerónimo.

A provincias se remite cada ejemplar, previo aviso á la Administracion, acompañando al aviso diez sellos de á cuatro cuartos.—Los libreros que remitan el importe de doce ejemplares, obtendrán el 20 por 100 de rebaja.

EL CASCABEL.

Cuesta la suscripcion por tres meses 6 rs. en toda España.—Administracion, Jardines, 11.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuci Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.